

LOS RETRATOS DEL ATENEO

UNOS DÍAS DE VACACIONES



Aspecto general de la galería de retratos del Ateneo de Madrid

(Fot. Gatti)

El Ateneo se lava la cara. Unos cuantos años de penuria forzosa—más que monetaria, intelectual—habían ido acumulando polvo, borrando nitidez y desgastando tenazmente pasiones, escaciones, virtudes, y arrumbando, ó poco menos, bajo el peso ingravido de la más espantosa soledad, los escafios de la cátedra grande.

Más atentos al bienestar de las prosaicas que al mobilije del polo opuesto, los administradores interinos habían abandonado, ó poco menos, el trato con librerías y encuadernadores, ó para moderar la casa no habían descuidado más que comprar unos sillones de bastante mal gusto que, además, quitaban carácter á la *caféteria*. Olla á moho material casi tanto como á moho espiritual, y realmente urgía la limpieza á fondo que ahora se hace, al mismo tiempo que la vitrina de novedades comienza á sentir plétora de libros.

Un buen día llegó su turno á la galería de retratos, el único sitio, con el salón de conferencias del Congreso, donde es dado al curioso conocer personalmente á los grandes espaldas de todo un siglo, y aquellos nobles varones, mal avenidos con la quietud, generalmente incompatible con su carácter, y ensombreados, además, por capas de polvo, que iba dándose pátina de trascendentes años ha, se sintieron felices al hallarse juntos en el almacén donde el simpático conserje habla de velar por ellos.

—¿Caramba, usted por aquí? Tanto tiempo sin verlos!

—¡Claro! Nos tienen como reclusos, sin poder salir de la fila, y vaya usted á buscar á los amigos. A lo mejor le colocaban á uno entre dos antipáticos, y allá se reclusaban.

—¿Ha visto usted á don Nicolás?

—Salmerón?

—No, Rivero.

—Allí está, ha pagado la hebra con Castelar y están comentando un discurso de Alcalá Galiano. Se han plantado en el 54.

—¿Buena idea?

—Entonces ya nos alumbraban con eso.

—Por volvimos luego al obscurantismo.

—Per el camino del obscurantismo de las ideas. Son

las ideas, las ideas liberales y progresivas las que han hecho luminosa la casa en sus mejores épocas.

—Y fue necesario que viniese Cánovas para que tuviesen gas otra vez.

—Cánovas era liberal por dentro. Siempre antepuso lo de liberal á lo de conservador. En cambio, otros que se llaman sólo liberales...

—No se llaman conservadores, porque por sabido se calla!

—¿Se acuerda usted del ragón, aquel gabinete exterior donde estaban ya colgados aquellos que charlar en aquel rincón?

—No veo al pintor se lo olvidó ponerme los lentes á mano. ¿Quiénes son?

—Alonso Martínez, Moyano, Corrali Haranzaluna y Juanito Valera...

—Y los viejos.

—Por ahí andan. Algunos nos ponen en la cátedra grande.

—Ahora le llaman salón de sesiones.

—Habrá dejado de ser cátedra. Obisaga, Moserón...

Los que iban á la casa de la carrera de San Jerónimo...

—Y á la de aquí abajo, esquina á la calle de San Agustín. La primitiva casa.

—Donde luego tuvo Castelar su Gabinete, con aquel emblema sobre la reja de la rotunda de la esquina, y luego se tiró La Justicia, de Nicolás Salmerón.

—¿Fiel es ya de la calle de la Montera?

—Pero es que á la Montera fuimos el 48.

—Desde la calle de Carretas, esquina á la plaza del Angel.

—Allí nos fué bien al principio, pero luego... ¿Se acuerda usted de cuando nos suprimieron los ascariños?

—Que no volvieron más! Antes daba gusto beber aquel agua tan fresca y tan dulce después de haber gritado un rato en los pasillos lo que habíam perorado en la cátedra. Menos mal que nos dejaron el botijito.

—Aquel botijito montado sobre un pie giratorio y del que se servían el agua ellos mismos, sin llamar al conserje para tan poca cosa, como ahora se ostia. Rivero, Moreno Nieto, Castelar, Moret, Canalejas, Fabié, Echegaray... ¡Buen plantel de ministros regó el botijito aque!

—Era, con el gafazo negro que dormitaba, sobre la camilla, con brasero, del conserje en los primeros tiempos de la calle de la Montera, tan símbolo del Ateneo como la lámpara de Plauto.

—Luego hubo multiplicación de botijos... Había división de opiniones: unos querían Loeoya y otros viajes antiguos.

—Siempre lucharon en la casa el progresismo y la tradición.

—Y de vez en cuando triunfó la reacción desde fuera, con una orden de clausura gubernativa.

—No todos jugaron tan sabadines, como dijo el duque de Rivas en 1833, las discusiones de los alienistas.

—¿Es que siempre hemos sido muy políticos en la casa.

—¡Tales gentes hubo en ellas, como dijo de otra asamblea Narciso Serra.

—Acuérdese que cuando nació el primitivo Ateneo era una sociedad patriótica, con todo el alcance que tenía esa palabra en 1820.

—Siempre fuimos políticos... Básicamente políticos, según el discurso inaugural del duque de Rivas.

—Pero no siempre liberales.

—Desde el 38 al 50 nos dominaron los conservadores, y después del 74 nos volvieron á dominar.

—Se acuerda usted de cómo los combatía Luis González Bravo, que era entonces furibundo liberal y muy amigo de Pepe Zorrilla?

—¡Buenos disgustos nos ha costado la política! Ya en 1840 nos cerraron las salas de conversación por orden ó por advertencia eficaz del jefe civil de la provincia.

—Contra los conservadores precisamente.

—¡Pero qué conservadores! Cultos, con ideales progresivos. ¡De lo que no hay!

—Pero negaron á Nicolás Rivero la libertad de la cátedra cuando en 1850 explicaba *Filosofía moderna*.

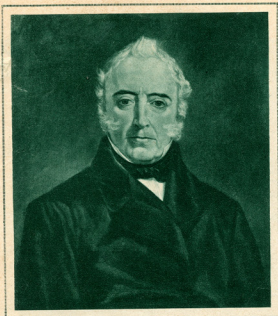
—Por entonces fue excomulgado Pi y Margall por su *Historia de la Prosera*.

—Entonces los políticos eran hombres muy cultos.

—Luego, el 54, nos cerró, siendo gobernador civil de Madrid el conde de Quiroga, que había sido 7 años de ferrente y activo.

—¡Hizo un nuevo favor al Ateneo, que por aquella suspensión volvió á ser ardientemente liberal!





MARTIN DE LOS HEROS

—¡La historia se repite! Ya ha visto usted ahora, después de los mal llamados saños de Dictaduras.

—Entonces la Revolución se hizo á los tres meses de la clausura.

—La revolución del 54 nos trajo un periodo de decadencia.

—Pero duró poco; el liberalismo nos salvó otra vez.

—Fuimos liberales con Castelar, con Salmerón, con Nougués, con Sanromá, con Balart, con Moret, con Manolo Becerra, con Echegaray; fue cuando los matemáticos se metieron á políticos.

—¿Qué sesiones aquéllas! Madrid estaba pendiente de los jueves del Ateneo. Se llenaba el salón, y los pasillos,

y la escalera, ó, mejor, las dos escaleras, y aún quedaba gente en el patio, ante las cocheras de Urquijo.

—Y ante las ventanas de la Academia de Jurisprudencia, que era nuestra vecina, modestamente instalada en un piso bajo interior...

—Aquel liberalismo no gustó á los señores, y en 1866 volvieron á cerrarnos.

—Por pocos días; no llegó á un mes...

—Pero á los diez meses volvieron á quitarnos la voz y el voto, y desde Octubre del 66 hasta la *Gloriosa* no dejaron de molestarnos y nos mantuvieron la mordaza.

—Luego volvieron los conservadores: Cánovas fue presidente el 70, el 71, el 72 y el 73, y dió el tono con los discursos inaugurales.



JULIAN ROMEA

—Moreno Nieto llevó la misma tendencia á la sección de Ciencias Morales y Políticas, que presidía.

—Moreno Nieto ó el ateneísta máximo!

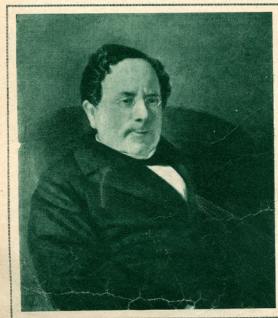
—Después, el Ateneo era Moreno Nieto, y viceversa.

—Por entonces vino Teodoro, complemento indispensable y conserje famoso.

—Entonces gritaba en las sesiones el padre Sánchez y discutían Revilla, Azcárate, Perojo, que ya había publicado el *Boletín del Ateneo*; Federico Rubio, Urbano, González Sertrano y otros jóvenes de empuje.

—Era otra generación.

—Moreno Nieto vivía en la casa. A todas horas estaba allí. En la biblioteca, creación y amor suyo, leía cada día más ávidamente.



MESONERO ROMANOS



MENDEZ NUÑEZ

(Foto. Cuéllar)



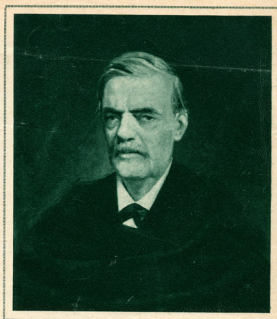
EL PADRE SANCHEZ

—Lela los grandes filósofos.

—Y las novelas truculentas. Una noche, impacientísimo, llamó cinco ó seis veces al conserje para preguntar si no había salido *La Correspondencia de España*. Tendro le contestó otras cinco ó seis veces que no. «Espera usted alguna noticia sensacional!», preguntó á don José un ateneísta, intrigado. «Espero el folletín! Y, efectivamente, cuando por fin, llegó *La Corres*, dejó el infolio que leía y devoró las cuatro páginas de novela sensacardernables que publicaba el periódico.

—Moreno Nieto presidió la docta casa el 79, el 80 y el 81...

—Hasta Febrero nada más, porque murió el día 24 de aquel mes del 81.



MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

—Magnífico entierro le hicimos. ¿Cómo estaba la calle de la Montera aquel día!

—Para magnífico, el discurso que le dedicó Cánovas, que volvió á ser presidente del 82 al 84.

—El 84 nos vimos á esta casa, la inauguró don Antonio el 24 de Enero, cantando en otro discurso, magnífico también, las glorias del Ateneo.

—Cánovas le conocía bien.

—Gracias á eso le salvó más tarde, ayudando á Moret, cuando nuevamente estubo á punto de hundirse.

—También don Segis era ateneísta hasta la mejuela. Nos presidió tres cursos, entre el 84 y el 90, y entre sus presidencias tuvimos la de Martos, el 88, la de Nú-

ñez de Arce, el 87; la de Cánovas otra vez, el 89 y el 90; la de Ascárate, del 91 al 93, y la de Echegaray, el 98.

—¡Buena gente! Por aquí andan todos.

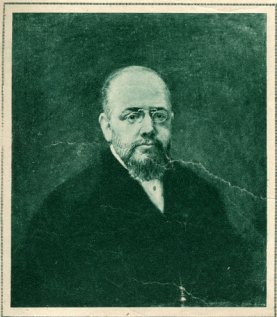
—Echegaray se empeña en que le coloquen en la *charrería*.

—Con razón: fué su último pontifice.

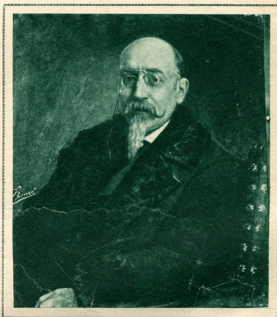
—Cuando todos temíamos al famoso médico que enloqueció y nos aterraba con su manía persecutoria.

—¿Se acuerda usted de la Escuela de Altos Estudios?

Explicaron el primer curso, que comenzó en Octubre del 96, Marcelino Menéndez y Pelayo, don Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Meséndez Pidal, Luis Simarro, Rafael Labra, Joaquín Costa, Ascárate, Echegaray, Sagavedra, Cossío, San Martín, Cajal... ¡Gente!

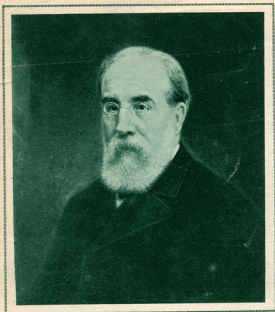


NAVARRO LEDESMA

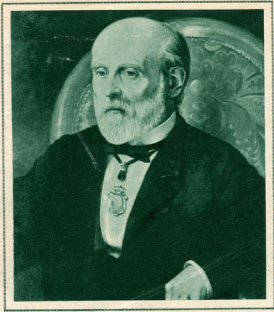


JOSE ECHEGARAY

(Fotos. Cortés)



PI Y MARGALL



JUAN VILANOVA

—Y el segundo curso más grande: Clarie, Sales y Ferré, Alvarez Baylla, Salillas, Montero Ríos, Antón y Fernández, Ignacio Bolívar, Carracido, Mourelo, y luego otros más. ¡Gran escuela!

—¡Calla! Vienen á buscarnos. Otra vez á los nichos. ¡Tan bien como estábamos aquí!

—Pero en la galería puedes ver á las muchachas tomando el te.

—¡Five o'clock tea! Manos del botijo de Moreno Nieto! Cualquiera día nos ponen jazz, con negro y todo.

—Comienza el desfile. ¡Adiós, don Casto! ¡Has visto á Méndez Núñez? ¡Buen mensaje le dirigimos á él y otros atenciosos marinos por su hazaña del Callao. Entances lo de atenecista no quitaba á lo de marino.

—Ni viceversa. Ahora se llevan á Romea con don Martín de los Heros.

—Nombres de rúfulos.

—No se lo recuerdes: si don Julián levantara la cabeza... Don Martín, al menos, puede estar satisfecho: ya le han devuelto el apellido, como á don Evaristo...

—Costa y Pi, patriarcas apocalípticos, y aquí no ha pasado nada!

—El padre Sánchez, predicador laico y vociferador casi hirsuto. Don Juan Villanova ó el confederante permanente; don José Zécheagaray, que sigue reclamando su sitio en la *cacharrería*... Paco Navarro Ledesma.

—A ese le colocan sobre el sitio en que pegó la bofetada á Clarie.

—Es una especie de pena *post mortem*.

—Como si no hubiese tenido bastante dolor en su vida!

—Cajal, con su microscopio.

—Sólo conocen un Cajal. ¡Por qué no le han pintado en el café?

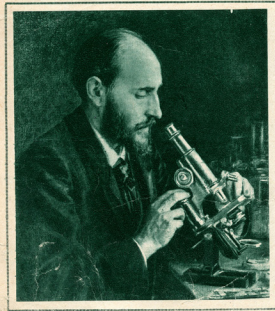
—Manuel Fernández y González. ¿Qué dice? ¿Que le lleven al Café de Zaragoza? ¡Infelicitad! Los cafés se han convertido en bares y las orquestas en altavoces.

—¿Cómo cambian los tiempos!

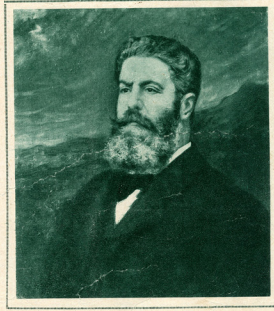
—¡Eh! ¿Cómo? ¡Ahora yo? Adiós, amigo. Hasta más ver. Hombre, me parece que tenemos todos mejor color.

—Provecho de las vacaciones.

ANTONIO DE MADRID



RAMON Y CAJAL



JOAQUÍN COSTA

(Foto. Cortés)